

Analectas

Huamantanga, de Don Ricardo Palma

Don Ricardo Palma fue un escritor, periodista y político peruano, considerado uno de los exponentes más importantes de la literatura peruana. Nacido en Lima, su obra cumbre es “Tradiciones peruanas”, un compendio de relatos cortos de ficción histórica que mezcla elementos legendarios, costumbristas y de la realidad nacional del Perú.

“Tradiciones peruanas” es una obra que cuenta con más de mil relatos, recopilados a lo largo de varios años y publicados en diversos volúmenes a partir de 1872. Su obra es considerada una de las más importantes del Perú y latinoamericana, debido a su estilo y a la riqueza histórica y cultural que aborda.

En las tradiciones, Palma combina la leyenda romántica con el cuadro costumbrista, creando un universo literario que dota de un fondo

histórico al relato, arraigándolo en la realidad nacional peruana. Los relatos abarcan desde la época prehispánica hasta la época republicana, pasando por la época colonial. Además, las tradiciones presentan un interesante juego entre realidad y ficción, donde lo legendario y lo histórico se mezclan en un mismo relato.

Ricardo Palma cultivó prácticamente todos los géneros literarios, desde la poesía hasta la crónica periodística, la crítica política, pasando por la novela, el drama y la sátira. Su singular estilo se reconoce claramente por la forma particular y buen dominio del idioma castellano, recogiendo en sus textos el habla culta y también el habla popular, retratando de manera magistral la realidad social y política del Perú de su época. A continuación, una muestra de su extraordinaria pluma.

HUAMANTANGA (15...)

Este pueblo, cuna del ilustre cosmógrafo mayor del Perú, doctor don José Gabriel Moreno, se halla situado en la cima de un cerro de empinadísima cuesta. Dista de Canta cinco o seis leguas de endiablado camino.

En Huamantanga se venera un crucifijo muy milagroso, cuya fiesta se celebraba anualmente el 3 de mayo con extraordinaria pompa y magnificencia. Concurrían de todos los pueblos de la provincia en romería, hasta 1855, de dos a tres mil almas, y por lo menos un centenar de devotos que iban desde Lima. Los gastos de la fiesta se hacían con erogaciones voluntarias de los fieles, y contribuía en no poco el mayordomo, que era siempre algún rico hacendado de la provincia. El que lo fué en 1813 llevó el fausto hasta haber forrado con una lámina de plata el altar mayor.

Después de la batalla de la Palma en 1855, empezó la decadencia de Huamantanga.

Son innumerables los prodigios que se cuentan de esa efigie. Su capilla se erigió por los padres de la Merced por los años de 1600 a 1602.

Según el cronista Córdoba y Urrutia, la constante e inalterable tradición que se tiene de este Señor Crucificado es que, a fines del siglo XVI, los habitantes del pueblecito enviaron a Lima un comisionado para comprar o hacer fabricar una imagen de Cristo en la cruz; pero habiendo llegado al lugar llamado *Taro*, a tres leguas de Huamantanga, se encontró con dos individuos que dijeron ser escultores y que se comprometieron a hacer la efigie, con la condición de que nadie fuese a visitarlos e interrumpirlos en la choza en la que se aposentaran, que les diesen las herramientas y materiales que indicaron, que terminada

la obra les pagasen lo que creyesen justo y que los alimentos se los pusieran en la puerta a la madrugada. A los ocho días desaparecieron los caballos de los viajeros, y recelando los vecinos haber sido burlados por apócrifos escultores, penetraron en la choza y encontraron la imagen concluida, quedando tanto más absortos cuanto que los materiales que proporcionaron existían intactos, así como los víveres. No cabía para ellos duda de que la efigie era obra de ángeles y no de humanos escultores.

En la vecindad de la choza brotan unos arbustos, de cuya madera, que es muy amarilla, se labran unas crucecitas llamadas del Señor de Huamantanga, y que en la fiesta de mayo obtienen los fieles por un real de limosna para el culto religioso en la capilla.

Todo devoto que iba de Lima traía crucecitas, como recuerdo, a las familias amigas.

La efigie era de la misma composición, pasta o material, que empleaban en Nápoles los escultores llamados *cartapistas*, a quienes ocupó mucho el emperador Carlos V en que trabajasen imágenes de *santos* para el Perú y para México.

Cuando la guerra de la Independencia, a fines de 1821, en la retirada del general Canterac para la sierra, fue saqueado e incendiado el pueblo de Huamantanga y también el de Puruchuco, porque los vecinos, que eran partidarios del general San Martín y de la causa patriota, habían emigrado. La capilla del Señor de Huamantanga fue lo único que ordenó Canterac se salvase del saqueo e incendio. Algo más: Canterac había hecho en 1818 a la capilla un regalo valioso.

Puruchuco y Huamantanga eran pueblos que proveían de papas al vecindario de Lima, el cual las consideraba superiores a las producidas en otros lugares de serranía. A las de Puruchuco las distinguían

con el nombre de *papa-lucha* y a las de Huamantanga con el de *papa-changa*.

Es tradicional que, al recibirse en Lima, a fines de septiembre de 1821, noticia de la destrucción de ambos pueblos por los soldados del rey, se cantaba en barrios de Cocharcas y de Malambo la siguiente copal:

Ni más Puruchuco,

ni más Huamantanga,

ni más *papa-lucha*,

ni más *papa-changa*.

Hoy mismo se oye como refrán, entre la gente criolla de Lima, esta frase “*Ni más Puruchuco ni más Huamantanga*”, para expresar que ha roto uno definitivamente relaciones con tal o cual persona.

Cuentan de Huamantanga que vivió en el pueblo una beata, fallecida en olor de santidad, la cual conjuraba a las brujas haciendo con los dedos una señal de la cruz y diciendo:

Oca, toca,

grillos en tus pies y freno en tu boca.

Refieren de la misma santurróna que, arrodillada ante la santa efigie exclamaba: “¡Señor, Señor! No permitas que muera yo en Cuaresma, para que en día de vigilia no coman de mi carne los gusanos.” Agregan que la oyó Dios, porque habiendo caído gravemente enferma en Semana Santa, la concedió vida hasta el martes de Pascua.

En 1870 la capilla de Huamantanga fue destruida por un incendio ocasionado por descuido del sacristán, salvándose sólo la cruz de que pendía la efigie de Cristo. Esto ha influido mucho en que la antigua devoción decaiga, pues cree el pueblo que el Cristo nuevo es menos milagroso que el antiguo. También el altar ha sido reconstruido hace veinte años.

En exvotos o milagros de plata y oro, custodia, cálices, candelabros y alhajas poseía ese santuario un capital aproximativo de cincuenta mil soles, del que fue despojado para que los *niños* de Chile (que en Huamantanga fusilaron al comandante Villegas y a los veinte soldados que lo acompañaban), no se apoderasen de él. Si se utilizó o no para combatir al enemigo, lo ignoramos.

Todo lo que se puede asegurar es... que el caudalito se evaporó.

Fuente: Palma, R. 1957. Tradiciones peruanas completas. Tercera edición. Aguilar, S.A. de Ediciones. Madrid.

